nutos, noticias del estado de María... Ahora mismo voy a montar a caballo, y dentro de hora y media a lo más estaré de vuelta.

Después de esto nos separamos.

Bajé la escalera rápidamente, y dirigiéndome a las caballerizas, mandé que me ensillasen un caballo.

En cuanto estuvo dispuesto, lo monté y partí a galope.

VII

El pueblo de Fontaines, o más bien la alquería, pues lo que llaman *Les Fontaines* no se componía entonces más que de una hermosa granja que me pertenecía y dos o tres casitas de leñadores; se elevaba a la orilla de un riachuelo que alimentaba dos hermosos estanques enclavados en los bosques de Brault.

La casa que habitaba mi colono tenía un magnífico aspecto, y doscientos o trescientos años antes había debido pertenecer a algún noble campesino, que desdeñase lo confortable y las comodidades de la vida.

Dicha casa era un edificio cuadrado y flanqueado por macizas torres. A sus dos lados estaban los dos pabellones de explotación, bajos y pesados, que se hallaban situados a la orilla del arroyo que pasa por el próximo prado.

Esta es la disposición de casi todas las alquerías de Morvan, por lo menos de todas las que tienen alguna importancia.

Los campos y las tierras de pasto, pertenecientes a la granja, se extienden detrás de un valle estrecho y largo, rodeado de malezas, casi como un oasis en el desierto.

Esta granja estaba entonces ocupada por un honrado matrimonio.

El marido se apellidaba Bremont, y permanecía a nuestro servicio desde fecha muy remota.

Enfrente de su casa estaban los bosques que se habían cortado aquel año y que ocupaban una extensión de más de tres cuartos de legua; y detrás del claro que había dejado la corta, se distinguía a lo lejos el humo de los hornos de Martín Rabaud y sus primos.

Su choza estaba escondido en el fondo de unas rocas, al abrigo del viento y al borde de un pantano.

Desde el punto en que trabajaban, los carboneros podían ver muy bien la alquería de Fontaines y distinguir a todo el que entraba y salía de ella.

Al encontrarme en aquellos parajes y fijarme en la situación que ocupaba, pasó por mi imaginación la idea de que el día anterior habían tendido allí un lazo a mi hija.

Traté de rechazarla con horror; pero, a pesar mío, no se apartaba de mi imaginación ni un sólo instante.

Toda la noche había estado atormentado por mil dudas horribles.

Por eso, desde el amanecer me había puesto en camino para hacer algunas averiguaciones y partir de algún supuesto.

En media hora de buen galope llegué a la granja.

Ni por un momento me había ocurrido la idea de sospechar de los granjeros.

Estaba muy seguro de ellos, y conocía su honradez y adhesión por nosotros.

Además, conocía perfectamente al muchacho a quien habían enviado la víspera para llevar el recado a María.

Era un criadillo suyo, a quien tenían en la casa desde muy niño, por haberle recogido después que quedó huérfano de padre y madre, los cuales eran parientes del colono.

Yo había encontrado varias veces a aquel chico, porque en tiempo de veda, como no podíamos ir de caza, uno de mis pasatiempos era visitar a mis colonos para informarme de sus negocios y reparar mis granjas.

Durante la caza, rara vez pasábamos por alguna de nuestras alquerías sin detenernos en ella, ya para refrescar, ya para conversar algunos momentos con aquellas honradas gentes, a quienes considerábamos como a nuestros amigos.

Al verme Bremont, pareció muy sorprendido.

El buen hombre ignoraba aún la enfermedad de mi hija.

—¿Cómo está vuestra mujer?—le pregunté al momento.

—Ha pasado muy mala noche, señor marqués.

—Sí, ya sé que su enfermedad es de cuidado, y por eso vengo a informarme de su salud.

—Pues, por desgracia, las noticias que puedo daros no son nada buenas, señor marqués.

—¿Pues qué es lo que tiene?

—Creemos que es una fiebre maligna.

No había duda, la enfermedad de la granjera era muy cierta, y por aquel lado no había misterio alguno que descubrir.

Bremont añadió:

—Es necesario que no dejéis venir a la señorita María, porque podría pegársele el mal que padece mi mujer, pues, según creo, estas enfermedades son contagiosas.

Las palabras de aquel hombre me hicieron mucho bien.

Respiré al ver que la enfermedad de María obedecía sólo a causas naturales, y por un instante quedé completamente tranquilo.

—Ya la veríais ayer—insistí, mirando a Bremont de hito en hito.

—¿A quién?

—A mi hija.

—¡Ya lo creo! Ella misma dió las medicinas a mi mujer, y nos prometió enviarnos al doctor.

—¿A qué hora se fué de aquí?

—No puedo decíroslo a punto fijo, porque como es necesario que el trabajo se haga, me tuve que ir al campo; pero debió irse al mediodía.

—Pues bien, ha habido que avisar al médico ayer noche, para que viese a la pobre María, que está muy mala.

—¡Cómo!—exclamó el granjero.

—Al volver ayer de la cacería la encontré presa de una violenta fiebre.

—¡Pobre señorita!... ¡Si parece imposible!

—Pues, por desgracia, es demasiado cierto.

—¡Dios mío, Dios mío, qué pena tan grande!

—La encontré delirando, y creo, como vos habéis dicho, que se debe haber contagiado ayer de vuestra mujer.

—¡Y pensar que nosotros hemos sido la causa!

—Espero que pronto curará, y en cuanto llegue a casa voy a enviaros al médico.

—¿Al doctor Burel?

—Al mismo.

—Pues ya estoy esperando su visita como el agua de mayo, porque, después de todo, nosotros podemos equivocarnos, y como él es un sabio, entenderá al momento su mal y sabrá curar-

la con la ayuda de Dios... ¡El nos proteja a todos y haga que se salven las dos!

En el acento de Bremont se comprendía que el pobre hombre estaba verdaderamente acongojado.

Entré unos cuantos minutos en su casa y examiné a la enferma, que no pudo reconocerme, y me pareció presentar los mismos síntomas que María, siendo esto quizá una ilusión de mis sentidos.

Los Bremont no tenían hijos, y lo habían lamentado mucho, pues para los aldeanos los hijos son una fortuna, porque dan poco gasto y, en cambio, ayudan mucho.

La pobre granjera estaba cuidada por una criadita, que tenía al mismo tiempo que ocuparse de todas las faenas de la casa, incluyendo la de guisar para los jornaleros que estaban en el campo.

Dirigí algunas palabras de consuelo a la infeliz mujer, que apenas me entendió, y volví a montar a caballo.

Cuando salí me encontré al jovenzuelo que había ido a avisar a María la víspera.

Le llamé.

Volvió la cabeza, y al verme, vino hacia mí con el sombrero en la mano.

—¿Estabas aquí—le dije—ayer, cuando mi hija salió de Fontaines?

—Sí, señor marqués.

—¿Y qué hora sería?

—Algunos momentos después tocaban el *Angelus* en San Fermín: es todo lo que puedo deciros.

Ya sabía a qué atenerme respecto a la hora en que María había salido de allí.

Cuando había andado un buen trecho, empecé de nuevo a entristecerme.

Y es que la duda volvía a asaltarme.

¿No me habían dicho que la víspera mi hija había vuelto a Brault a las tres de la tarde? ¿En qué había invertido el tiempo que mediaba entre las doce y las tres?

Rechoncho, cuya ligereza me era bien conocida, no debía tardar más de cincuenta minutos en recorrer el camino que media entre Fontaines y el castillo.

Me aparté del sendero que venía siguiendo y lancé mi caballo a través del bosque, hacia el sitio en que trabajaban los tres carboneros: Rabaud y sus dos primos.

No tardé en divisarles.

Los tres estaban juntos y ocupados en llenar un horno; es decir, en apilar simétricamente los haces de leña cortados, y con el fuego debajo, para carbonizarlos hasta la expulsión completa del hidrógeno que contienen.

Ya he dicho que no había otros como ellos, en su oficio, lo cual explicaba la protección que les dispensaban, a pesar de todos sus defectos, los hermanos Benoist, y aun después de haberles dado yo queja de la conducta que observaban conmigo.

Verdad es que los Benoist podían quizás haber aprovechado con gusto aquella ocasión que se les presentaba para vejar a un noble, a un marqués, pues sus ideas avanzadas eran conocidas de todo el mundo.

Por lo demás, la mayoría de sus compañeros de Clamecy pensaban del mismo modo, y para vender el producto de nuestras tierras era necesario pasar por sus manos o explotarlas uno por sí mismo, lo cual es muy molesto y poco ventajoso.

Los Congnat parecían no haberme visto.

Estaba ya a quince pasos de ellos y continuaban su trabajo, sin volverse siquiera hacia mí.

Yo les observé con atención.

Era difícil notar una impresión en aquellos rostros barbudos, incultos, como el de los salvajes y los brutos.

Pero Martín Rabaud se aproximó con su sonrisa obsequiosa, llevando el sombrero en la mano, y me dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Mil gracias, señor marqués, por los presentes que os habéis servido enviarnos.

—¿A qué te refieres?

—A las magníficas provisiones que el señor marqués nos ha regalado.

Martín Rabaud hacía alusión a la caza y a las botellas de vino que les había mandado.

—Eso no vale la pena—le contesté—, y es un premio por que no seguís devastando mis bosques, lo cual me obligaría a tener que dar una nueva queja, y eso me disgustaría, porque deseo estar en paz con todo el mundo.

Martín Rabaud notaba que yo le examinaba con atención.

Su fisonomía me pareció más feroz que otras veces, su aspecto más solapado y vil y su sonrisa más falsa.

—El señor marqués puede estar contento, porque pronto se verá desembarazado de nosotros, pues los trabajos avanzan.

—¡Si acaban de empezar!

—Pues, sin embargo, se ha adelantado muchísimo, y aunque todavía queda bastante que hacer, creo que lo despacharemos antes de lo que habíamos calculado en un principio.

—¿Hasta cuándo permaneceréis aquí?

—Tenemos todavía para un año, y eso sin

perder tiempo; pero no creáis que volveremos a causaros molestias, porque nos hemos vuelto mansos como corderos... Ya conocerá el señor marqués el proverbio... El gato escaldado...

Al decir esto, Martín Rabaud reía de un modo sardónico que me hizo daño.

Sus primos no se movían, ocupándose únicamente de su trabajo con mucha actividad, y sin fijarse para nada en mí.

No sé por qué encontré en el tono de aquel miserable algo agresivo e insolente, que traspasaba los límites de su habitual ironía.

Parecía que respiraba el triunfo.

Sentí que la cólera se apoderaba de mí y como ésta es muy mala consejera, tomé el partido de alejarme.

Cuando volví mi caballo hacia el lado de la choza, que estaba a unos doscientos pasos de allí, para tomar un sendero, oí la voz de aquel canalla, que me saludaba con su acento meloso y envenenado:

—¡Que os divirtáis, señor marqués!

Tiré de la corbata con los dedos crispados y espoleé el caballo.

Pero casi en seguida le detuve.

Acababa de distinguir en el suelo las herraduras de otro perfectamente dibujadas en la tierra húmeda.

Hice seña a Martín Rabaud para que se aproximase, y le pregunté:

—¿Qué es eso?

Aquel hombre se bajó y examinó con curiosidad las huellas.

—Son las herraduras de un caballo, pardiez—contestó.

—¿Quién ha pasado a caballo por aquí?

—¿Quién?...

Y pareció reflexionar un instante.

Después se dió una palmada en la frente, y añadió:

—¡Ah, ya me acuerdo!... La señorita de Brault.

—¿Cuándo?

—Ayer, al volver de Fontaines de ver, sin duda, a la mujer de Bremont, que está enferma.

—¿La visteis vos?...

—¿Yo?... No; pero otros me lo han dicho... La señorita va por todas partes, porque como está en su casa...Es una joven hermosa y buena como un ángel... ¿No tiene nada más que preguntarme el señor marqués?

—No.

—A vuestras órdenes, respetable señor.

Cuando pasé por delante de la choza, la puerta estaba entreabierta.

Lancé una mirada a la puerta de aquella zahurda.

Reinaba en ella un desorden y una suciedad repugnantes, y exhalaba un olor a macho cabrío insoportable.

Había colgada una porción de ropa sucia en las paredes, y el lecho, de paja y hojas secas, que se veía en un rincón, parecía más bien destinado a animales que a personas, por sucias y rudas que fuesen. La paja con que se hacen las camas para dormir las caballerías está más limpia y mejor extendida que ésta en muchos establos.

Al recordar más tarde estos detalles me horroricé.

Entonces me causaron mucho menos efecto. En los alrededores de la choza, y bajo un grupo de árboles, vi las mismas huellas que había notado más abajo.

El suelo estaba golpeado por un caballo impaciente que había debido detenerse allí algún tiempo.

Esto fué todo lo que pude sacar de mi excursión; y cuando al llegar hoy a mi casa me bajé del caballo, aun creía estar oyendo la voz burlona e insolente de Martín Rabaud:

—¡Que os divirtáis, señor marqués!

¡Yo era cazador y creía conocer algo los instintos y la saña de las fieras; yo soy hombre—añadió llorando—, y me avergüenzo al pensar que al hombre puedan darles lecciones!

¡Pronto comprenderéis por qué no sé contener estas exclamaciones de dolor!